



LA HISTORIA DE LA MUJER SAMARITANA JUAN 4:1-30

Antes de leer esta historia, lee el pasaje bíblico. Ten en cuenta que se trata de una narración y que se han tomado libertades para captar nuestra imaginación y ayudarnos a entender el contexto de la historia y el poder del Evangelio.

Abro la puerta para ver si hay alguien en la calle antes de salir con mi jarra de agua y dirigirme al pozo que hay en las afueras del pueblo. Mantengo la mirada baja, evitando a un grupo de hombres que pasan por la puerta principal y que, afortunadamente, están demasiado ocupados en sus planes de almuerzo como para fijarse en mí.

No es que no me guste la gente, sino que no tolero su mirada fija, llena de juicio y desprecio, sus conversaciones silenciosas acerca de mí, quiero desaparecer entre las paredes que hay detrás de mí. Hace tiempo que dejé de ir a por agua con las otras mujeres del pueblo. Con suerte, todas las demás ya están adentro, a la hora más calurosa del día. Puede que sea un esfuerzo extra, pero vale la pena para evitar ser el tema de los chismes del pueblo cada semana.

Al doblar la esquina, sólo hay un hombre sentado al lado del pozo. Respiro aliviada. Es un judío que debe tener prisa por pasar por Samaria. Al menos me ignorará, que es lo único que quiero de todos modos. Me acerco al pozo para empezar a sacar agua cuando, para mi consternación, el hombre dice de repente: “Por favor, dame un poco de agua para beber”.

¿Quién se cree que es este tipo? Los hombres no se dirigen a las mujeres en público, y menos un judío a una samaritana. Pero de nuevo, no es como si tuviera alguien más con quien hablar. “Usted es judío, y yo soy una mujer samaritana. ¿Por qué me pide agua para beber?”

Dice: “Si tan solo supieras el regalo que Dios tiene para ti y con quién estás hablando, tú me pedirías a mí, y yo te daría agua viva.”

¿Está acalorado por estar sentado al sol del mediodía? Pero entonces, los judíos aman su superioridad religiosa. Tal vez esté aprovechando esta oportunidad para ridiculizar al samaritano más cercano. Bueno, yo también puedo jugar a ese juego: “Pero señor, usted no tiene ni una soga ni un balde, y este pozo es muy profundo. ¿De dónde va a sacar esa agua viva? Además, ¿se cree usted superior a nuestro antepasado

Jacob, quien nos dio este pozo? ¿Cómo puede usted ofrecer mejor agua que la que disfrutaron él, sus hijos y sus animales?”.

El hombre sonrío y dice: “—Cualquiera que beba de esta agua pronto volverá a tener sed, pero todos los que beban del agua que yo doy no tendrán sed jamás. Esa agua se convierte en un manantial que brota con frescura dentro de ellos y les da vida eterna.”

No parece estar loco; puedo ver la lúcida sinceridad en sus ojos mientras habla. Odio admitirlo, pero siento curiosidad; tengo la sensación de que no está hablando realmente del agua. Pero de todas las personas, sé que si una cosa parece demasiado buena para ser verdad, probablemente lo sea, así que respondo con un poco más de sarcasmo en mi voz de lo que pretendía: “¡Por favor, señor, deme de esa agua! Así nunca más volveré a tener sed y no tendré que venir aquí a sacar agua.”

“Ve y trae a tu esposo”, me dice.

“No tengo esposo”, le contesté un poco rápido, lo cual es cierto. Técnicamente.

“Es cierto.” Responde. “No tienes esposo porque has tenido cinco esposos y ni siquiera estás casada con el hombre con el que ahora vives. ¡Ciertamente dijiste la verdad!”

El frasco en mis manos cae al suelo. ¿Cómo... cómo puede saberlo? Nunca he visto a este hombre en mi vida. No hay razón para que pregunte a nadie sobre mí, y nadie se preocupa lo suficiente por mí como para decírselo. Siento que se me calienta la cara. Cálmate, pienso. Habla de otra cosa, de cualquier otra cosa. Tiene que ser una especie de hombre santo. Recupero la compostura y respondo con la mayor despreocupación posible:

“Señor, seguro que usted es profeta. Así que dígame, ¿por qué ustedes, los judíos, insisten en que Jerusalén es el único lugar donde se debe adorar, mientras que nosotros, los samaritanos, afirmamos que es aquí, en el monte Gerizim, donde adoraron nuestros antepasados?”

Sin inmutarse, el hombre responde: “—Créeme, querida mujer, que se acerca el tiempo en que no tendrá importancia si se

adora al Padre en este monte o en Jerusalén. Ustedes, los samaritanos, saben muy poco acerca de aquel a quien adoran, mientras que nosotros, los judíos, conocemos bien a quien adoramos, porque la salvación viene por medio de los judíos. Pero se acerca el tiempo—de hecho, ya ha llegado—cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. El Padre busca personas que lo adoren de esa manera. Pues Dios es Espíritu, por eso todos los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.”

Ahí está de nuevo esa superioridad judía. Pero este hombre no es como los otros judíos que he visto. Sus palabras no son duras, sino serias. Habla con autoridad y certeza. Pero eso es imposible, sólo hay una persona que podría saberlo con seguridad: Sé que el Mesías está por venir, al que llaman Cristo. Cuando él venga, nos explicará todas las cosas.”

Me mira directamente a los ojos. “Yo SOY el Mesías”, dice en voz baja.

Lo miré atentamente. Esos no son los ojos de un loco, sino los ojos de alguien que piensa con claridad y de hecho, piensa en un plano diferente al de los demás. Los ojos penetrantes de alguien que ve directamente en las profundidades de mi alma: las peores cosas de mí, las que oculto desesperadamente de todos los demás.

Y sin embargo, no parece decepcionado.

De hecho, me sonrío amablemente y por primera vez en mucho tiempo, me siento aliviada de que alguien me conozca de verdad y por una vez, no me rechace. Si los ojos de los demás me hacen querer desaparecer, la mirada de este hombre me hace sentir de alguna manera más sólida y real.

Mientras todo esto pasa por mi mente, sus amigos vuelven con el almuerzo. Intercambian miradas de asombro y confusión al encontrar a su amigo hablando conmigo, pero parecen saber que no deben hacer preguntas. Sigue mirándome fijamente con una actitud tranquila y concentrada que dice: “¿Y qué vas a hacer ahora?”.

Le devuelvo la sonrisa, porque sé exactamente lo que tengo que hacer. Me río y me abro paso entre sus amigos, murmurando disculpas mientras corro hacia el pueblo.

A mitad de camino me doy cuenta de que he dejado la jarra de agua en el suelo. No importa, tengo que encontrar a alguien, a cualquiera, para decírselo. “¡Vengan a ver a un hombre que me dijo todo lo que he hecho en mi vida! ¿No será este el Mesías?” Pero, ¿y si no lo es?

Pero, ¿y si lo es?

No me importa quién me vea ahora; se lo digo a cualquiera que me escuche: “¡Nunca crearás lo que me acaba de pasar! Tienes que ir a verlo por ti mismo”.